

EL JARDÍN DE LAS ESTACIONES

En el corazón de un pequeño pueblo llamado Verdevalle, rodeado de majestuosas montañas cubiertas de densos bosques, se encontraba un lugar único en el mundo: el Jardín de las Estaciones. Este jardín, como su nombre indicaba, albergaba una asombrosa variedad de plantas y flores que florecían en perfecta armonía con cada una de las cuatro estaciones del año.

Desde tiempos inmemoriales, el Jardín de las Estaciones había sido un misterio para los habitantes del pueblo y para aquellos que venían de lejos en busca de su maravilla. Se decía que en ese jardín se encontraba el ciclo completo de la vida, representado por las cambiantes estaciones que traían consigo el paso del tiempo y la renovación de la naturaleza.

En el centro del pueblo, donde convergían las calles empedradas y las casas de madera, se alzaba la entrada al jardín. Un arco de enredaderas y flores silvestres marcaba el inicio de esta aventura botánica, y una antigua placa de bronce tallada anunciaba a los visitantes: “Bienvenidos al Jardín de las Estaciones, donde el tiempo y la naturaleza se funden en un eterno ciclo de vida”.

En una de las casas del pueblo vivía Clara, una joven apasionada por la botánica y la naturaleza. Desde pequeña, Clara había sentido una conexión especial con las plantas y los árboles que crecían en los alrededores de Verdevalle. Pasaba horas explorando los senderos del bosque, observando con fascinación cómo cambiaban las estaciones y transformaban el paisaje a su alrededor.

El deseo de Clara de explorar el misterioso Jardín de las Estaciones había crecido con el paso de los años, alimentado por las historias y leyendas que circulaban entre los habitantes del pueblo. Cada vez que miraba hacia el arco de enredaderas que marcaba la entrada al jardín, sentía una mezcla de emoción y curiosidad que la impulsaba a descubrir los secretos que albergaba ese lugar.

Su familia era muy estricta con ella, y no le gustaba nada que tuviese algo que ver con la naturaleza; vivían solos y rara vez salían para tomar el aire o hacer la compra.

Un día, decidida a hacer realidad su sueño, Clara se preparó para emprender la aventura de su vida. Se calzó sus botas de senderismo, tomó una mochila con provisiones y se encaminó hacia el Jardín de las Estaciones por la ventana de su habitación para que su familia no la pudiera ver.

Al atravesar el arco de enredaderas, Clara sintió una ráfaga de aire fresco y perfumado que le acarició el rostro, llevando consigo el aroma de las flores de primavera que florecían a su alrededor. Ante ella se extendía un paisaje exuberante y lleno de vida, donde las flores brotaban en cada rincón y los árboles reverdecían con el despertar de la nueva estación.

Emocionada por la belleza del lugar, Clara siguió explorando el jardín, maravillándose con cada cambio de paisaje a medida que avanzaba. Pronto, se encontró rodeada de campos dorados de trigo y girasoles, donde el sol del verano brillaba con intensidad y las abejas danzaban entre las flores, llevando consigo el néctar de la vida.

A medida que el día daba paso a la tarde, Clara llegó a un bosque de colores otoñales, donde los árboles se vestían de tonos rojizos y dorados. El crujir de las hojas bajo sus pies la transportaba a un mundo de magia y nostalgia, donde cada paso era un recordatorio de la fugacidad del tiempo y la belleza de la vida.

Finalmente, al acercarse al final del jardín, Clara se encontró frente a un paisaje cubierto de nieve y hielo, donde el invierno reinaba con su silencio y su blancura. A pesar del frío que le helaba los huesos, Clara se sintió abrigada por la belleza de aquel lugar helado y tranquilo, donde el tiempo parecía detenerse y la paz reinaba en cada copo de nieve que caía suavemente del cielo.

Al llegar al centro del jardín, Clara descubrió un pequeño estanque rodeado de flores de loto, cuyas hojas flotaban sobre la superficie del agua como pequeños barcos en un mar de tranquilidad. En su superficie, se reflejaba la imagen de una figura misteriosa, que parecía fundirse con el entorno como parte misma de la naturaleza.

Con paso tembloroso, Clara se acercó al estanque y contempló su reflejo. En ese momento, la figura misteriosa se volvió hacia ella y le habló con una voz suave y melódica:

“Has recorrido un largo camino para llegar hasta aquí, Clara”, dijo la figura. “Ahora que has visto el ciclo de la vida representado en las estaciones, debes comprender que todo tiene su momento y su lugar en este mundo”.

Clara asintió con solemnidad, sintiendo que había descubierto un profundo significado en su viaje a través del Jardín de las Estaciones. Con el corazón lleno de gratitud y sabiduría, se despidió del misterioso ser y emprendió el camino de regreso al pueblo, llevando consigo el recuerdo de su aventura y la promesa de regresar algún día para seguir explorando los misterios que albergaba ese lugar mágico y eterno.

Desde aquel día, Clara se convirtió en la guardiana del Jardín de las Estaciones, compartiendo su conocimiento y su amor por la naturaleza con todos aquellos que se aventuraban a explorar sus senderos. Y aunque los años pasaron y las estaciones cambiaron, el jardín permaneció como un refugio de paz y belleza, recordando a todos que la vida es un ciclo eterno, donde cada temporada tiene su propia magia y lección por aprender. Y así, el Jardín de las Estaciones continuó floreciendo en el corazón de Verdevalle, uniendo el pasado con el presente y el futuro en un eterno abrazo de naturaleza y vida.

Rodrigo del Campo Andrés (1º C)